



ERICA BENNER

Aventuras en democracia

El turbulento mundo
del poder popular



CRÍTICA

Erica Benner

Aventuras en democracia

El turbulento mundo del poder popular

Traducción castellana de
Yolanda Fontal

Crítica
Barcelona

Primera edición: septiembre de 2024

Aventuras en democracia. El turbulento mundo del poder popular
Erica Benner

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Adventures in Democracy. The Turbulent World of People Power*

© Erica Benner, 2024

© de la traducción, Yolanda Fontal, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-674-3
Depósito legal: B. 12.390-2024
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



Nacida del fuego

LA DEMOCRACIA LLEGÓ a Japón diecisiete años antes de que yo naciera, después de que gigantescas bolas de fuego cayeran sobre dos de sus ciudades costeras y volatilizaran los cuerpos de seres humanos, perros, gatos, ratas, cuervos, cangrejos, árboles, arbustos, hormigas, orugas, abejas y otros seres vivos. Estos bombardeos nucleares dejaron tan estupefactos a los supervivientes de la guerra que adoptaron una constitución impuesta por su antiguo enemigo y se convirtieron en una democracia.

Mi padre fue uno de los oficiales de operaciones que dio órdenes al bombardero nuclear Enola Gay de atacar Hiroshima. Era un capitán de veinticuatro años de las Fuerzas Aéreas estadounidenses destacado en la pequeña isla de Tinián, en el océano Pacífico. Decía que la suya fue una responsabilidad puramente técnica. Los suboficiales como él desconocían la naturaleza exacta de la misión. El Gobierno estadounidense y sus asesores militares creían que las bombas pondrían fin a la guerra de forma rápida y definitiva. El fin justificaba los medios. Sin embargo, cuando hablaba de ello, la mirada parecía insegura.

Solía llevarme a pasear por nuestro barrio, que por aquel entonces era un paraíso del consumo de alto nivel, con pequeños santuarios de madera encajonados entre Kenzo y Prada. A veces pasábamos junto a un descampado repleto de escombros y revistas pornográficas deformadas por la lluvia. Mi padre decía que, antes de la guerra, allí había

una gran casa familiar. Había visto las ruinas cuando entraron las fuerzas estadounidenses para ocupar Tokio. Nuestra casa se alzaba en un solar en el que había habido una escuela para novias. Las jóvenes vivían allí durante un año aprendiendo a preparar la comida, al estilo japonés y occidental, junto con otras técnicas de supervivencia necesarias como esposas. Cuando mi madre plantaba tulipanes, peonías y azafrán en nuestro pequeño jardín, desenterraba fragmentos de porcelana de la escuela, detritos de los ataques aéreos de los bombarderos estadounidenses contra zonas civiles como la nuestra.

Los japoneses tienen mitos sobre la creación de su país, consignados en unos manuscritos antiguos llamados *Kojiki*. La diosa del sol Amaterasu Ōmikami copuló con su hermano, el dios de la luna, y de ahí nació el hermoso país insular. Sin embargo, Japón no posee historias edificantes sobre el nacimiento de su democracia, que llegó durante la ocupación militar estadounidense tras la segunda guerra mundial. Tampoco había héroes antiimperialistas pequeños pero invencibles, ni genios encargados de redactar la Constitución, ni siquiera un «padre del pueblo» inequívocamente venerable, solo un sinfín de recuerdos de la guerra, tan dolorosos que casi nadie quería pensar en ellos, y un emperador biólogo marino, modesto y con gafas, al que se veneraba oficialmente como dios del sol, descendiente directo de Amaterasu, hasta que habló por la radio y anunció que, en realidad, solo era humano. Expertos en la cultura estadounidenses redactaron el primer borrador de su discurso «Vale, no soy un dios» siguiendo instrucciones de que el lenguaje y los conceptos sonaran lo más japoneses posible.

Pero ¿acaso importa cómo empiezan las democracias si su estado acaba siendo bastante bueno? Ochenta años después, Japón sigue siendo una democracia y no de las malas, comparada con otras. En 2020 ocupaba el puesto 25 entre las democracias del mundo, uno por debajo de Canadá y once por encima de Estados Unidos, que aparecía más abajo en la lista bajo el epígrafe «democracia imperfecta».¹ En las clasificaciones de 2022 y 2023 se sitúa aún más arriba en la lista de democracias más y menos saludables. Cuando ahora visito mi país natal y deambulo por las calles de Tokio, la vida cotidiana es más

abierta que nunca. La gente parece menos hastiada que hace solo una década y se mueve a un ritmo más relajado por las calles y las abarrotadas estaciones de tren. Oigo hablar de extranjeros, de personas de todos los continentes, que se mudan a Japón y encuentran una cálida acogida. Veo en la televisión a mujeres dirigentes de partidos políticos rivales coincidir en la necesidad de trabajar juntas para que haya más mujeres en el gobierno. Parece un avance.

§

Si nos fijamos en los extraordinarios cambios en la superficie, en los edificios, el producto nacional bruto y la calidad de vida, podría parecer que Japón confirma la controvertida máxima de que a veces los buenos fines democráticos se alcanzan por medios muy duros, incluso terribles. En 1951, seis años después de los bombardeos atómicos, mi madre se despidió de su familia en Luisiana y viajó a Nagasaki, donde dio clases de inglés durante cuatro años en una universidad femenina encaramada en lo alto de un acantilado con vistas al mar. Los cimientos y las paredes principales de los edificios de ladrillo rojo seguían intactos, pero la escuela que había al otro lado de la calle había sido destruida.

Mi madre había cruzado el Pacífico con su trompa y a veces tocaba con la orquesta de la ciudad de Nagasaki. Durante la guerra se había prohibido la música occidental, pero el director de la orquesta había guardado sus preciadas partituras de Mozart, Haydn y Beethoven. Necesitaban cada trompa que pudieran conseguir, porque todos los instrumentos de viento locales habían sido confiscados y fundidos para fabricar municiones, junto con los empastes dentales de metal y las monturas de las gafas. No mucho después de su llegada, algunas de sus alumnas le dijeron que las rayas y lunares de colores de su ropa la hacían destacar demasiado entre los sobrios grises, blancos y azules oscuros que llevaba la mayoría de la gente de Nagasaki, salvo en los días de fiesta, cuando las mujeres se ponían kimonos con estampados de flores de loto, mariposas, grullas cuellilargas o semicírculos superpuestos, interminables hileras de ellos: olas en el mar.

Cincuenta años más tarde, aquellas antiguas alumnas nos invitaron a las dos a una cena de varios platos en el elegante barrio de Ginza, en Tokio. Cenamos arrodilladas sobre cojines *zabuton* de seda. Mi madre vestía sus habituales pantalones negros de poliéster, y sus bien peinadas alumnas de Nagasaki, ropa de diseño en tonos de pavo real. Estas mujeres y sus familias habían prosperado con la democracia japonesa de posguerra y su escudo nuclear estadounidense. No eran ricas, pero tenían un nivel de vida mejor que el de mi madre con su pensión de maestra.

«¡Ahora los japoneses están mejor que los estadounidenses!», exclamó. No se trataba solo de la ropa y de la evidente bonanza de las cuentas bancarias de sus amigas. En Japón había más personas con acceso a una atención médica asequible y seguridad laboral que en Estados Unidos. Se sentían más seguras en las calles y en sus casas. Y había mucha menos desigualdad. Incluso a principios de los años veinte del siglo XXI, con la desigualdad económica en aumento en muchas otras democracias, la brecha entre los más ricos y los más pobres en Japón es relativamente baja.² Mi madre sentía *natsukashii* (una maravillosa palabra japonesa que significa nostalgia, cierta añoranza) del país en el que había vivido durante treinta años. La guerra pudo haber impuesto la democracia en Japón, pero ahora brindaba a sus ciudadanos una sensación de seguridad económica y estabilidad política básica.

Sin embargo, el progreso rara vez sigue un camino recto y ascendente. Y en las democracias nacidas de la revolución y la guerra, como es el caso de muchas democracias actuales, los viejos temores y furias nunca mueren junto con las personas que sufrieron en carne propia los dolores del parto.

§

En mi guardería japonesa, en lugar de mitos fundacionales nacionales, oíamos cuentos de fantasmas, espíritus medio muertos y criaturas que cambiaban de forma llamadas *obakē*. Eran historias antiguas, pero había nuevas e inquietantes encarnaciones rondando por todas partes: en los dibujos animados infantiles que mi hermana y yo veíamos

en la televisión, en los espacios vacíos entre edificios que cambiaban constantemente de forma en el Tokio de los años sesenta y setenta, en los rostros de los veteranos de guerra que se sentaban fuera de los grandes almacenes Toyoko o que venían a nuestra casa a pedir educadamente unas monedas, con los muñones de las piernas envueltos en harapos húmedos. Los programas infantiles que solía ver en la televisión estaban llenos de superhéroes con nombres vagamente occidentales como Ultraman, pronunciado U-ru-tora-man, que luchaban contra monstruos cuyos globos oculares llameantes podían incinerar mil rascacielos de Tokio (o de Nueva York). Las escenas de destrucción urbana me provocaban pesadillas.

Con el auge económico de los años sesenta, los magos japoneses del marketing se dieron cuenta de que a la gente le vendría bien un vivificante descanso de la lúgubre pesadumbre de la posguerra y la adicción al trabajo. Con la inesperada ayuda de China, enemiga acérrima de Japón, dieron con una forma de evasión que unió al país en un gran y cálido abrazo grupal sin ayuda de mitos ni dioses. Con motivo del alivio de las tensiones entre sus países en 1972, los chinos enviaron a sus vecinos japoneses un regalo: una adorable pareja de osos panda llamados Lan Lan y Kang Kang. Todo Japón enloqueció. Los productos con pandas inundaron tiendas, calles y trenes. Niños y mayores lucían camisetas, gorras y mochilas con pandas; millones de minipandas colgaban y bailaban en llaveros en todo el país. *¡Kawaii!* (¡Qué mono!) se convirtió en la palabra del año.

Yo estaba demasiado preocupada por mantener un aspecto humano guay de diez años como para que me vieran llevando, promocionando o colgando un producto con un panda. «¿Por qué ha enloquecido todo el mundo con los pandas?», le pregunté a mi madre. «Los japoneses trabajan muy duro y lo han pasado muy mal en la guerra. Quizá sea un alivio pensar en algo bonito como los pandas», me respondió.

La «pandamanía» también fue un soplo de esperanza de que los vecinos nucleares de Japón se pudieran volver un poco menos hostiles. Deseos de paz, de dejar atrás el pasado, de reinventar a los japoneses, con su sobrecarga de trabajo y su veneración por la autoridad,

como las personas más divertidas, inocentes e incluso adorables del mundo: ¿qué más se puede pedir? Unos años más tarde, lo *kawai* se globalizó con Hello Kitty y he aquí que Japón tenía una nueva marca nacional. ¿Quién necesita mitos sobre deidades incestuosas cuando puede reinventar su país de una forma tan optimista, moderna, amigable con el mundo y lucrativa? ¿Por qué insistir en la triste historia de cómo llegó la democracia a Japón y las crueldades que esta nación, que ahora odia la guerra, había infligido a sus vecinos? Miremos hacia un futuro mejor y olvidemos el pasado. Aunque se trataba de poner tiritas con forma de panda a heridas infectadas, puede que también haya ayudado a curar algunas de ellas.

No obstante, vivir en el Japón de posguerra me enseñó que no hay una forma sencilla de medir la fortaleza o la debilidad de una democracia. Creí escuchando que el Japón democrático-capitalista era, en realidad, un Estado unipartidista. Mientras escribo estas líneas en 2022, el Partido Liberal Democrático, de centro-derecha, lleva en el poder desde 1955, con solo dos breves pausas en 1993-1994 y en 2009-2012. Sus dirigentes mantienen redes de camaradería mayoritariamente masculinas entre ellos y con las grandes empresas. Los aliados estadounidenses de Japón estaban dispuestos a ignorar una pizca de corrupción y autoritarismo como precio por mantener a raya a izquierdistas durante la guerra fría. El porcentaje de diputadas en el Parlamento japonés es de aproximadamente el diez por ciento. La democracia japonesa podría ser menos robusta de lo que parece.

La forma en que nació, el hecho de que fuera impuesta por una potencia nuclear extranjera en una región en la que las amenazas atómicas siguen estando muy presentes, dejó marcas de nacimiento que no desaparecen rápidamente. El artículo 9 de la Constitución redactada por Estados Unidos estipula que los japoneses no pueden tener unas fuerzas armadas con capacidad para llevar a cabo operaciones ofensivas contra otro país. Dependen de Estados Unidos y su poder nuclear. Japón vive con un nerviosismo discreto al que uno se acostumbra pero nunca olvida, como los pequeños temblores de tierra que sacuden su suelo casi a diario. Nunca esperas que se conviertan en una catástrofe sísmica de más de 7,5 grados, porque entonces la vida

sería insoportable, pero se aprende desde la infancia que siempre puede volver a ocurrir lo peor.

El tiempo no ha aplacado estos temores. Cada verano, más o menos por la misma época en que los japoneses conmemoran los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, China y las dos Coreas exigen airadamente que Japón se disculpe oficialmente por sus crímenes de guerra contra civiles, prisioneros de guerra y las llamadas «mujeres de solaz», que fueron utilizadas como esclavas sexuales por las fuerzas japonesas durante la segunda guerra mundial. Mis amigos japoneses desearían que su gobierno lo hiciera de una vez, que pidiera perdón por las atrocidades cometidas por sus antepasados predemocráticos, como han hecho los alemanes durante décadas, y empezara a afrontar la historia de una forma más honesta. Eludir hacerlo está asociado al miedo a parecer débil, porque, bueno, lo es. Décadas después de la diplomacia del panda y de que Kitty conquistara el mundo, bajo la serena superficie de la vida en Japón la gente sigue estando preocupada: ¿quién luchará por nosotros si nosotros, el más firme aliado de Estados Unidos, nos vemos atrapados en la tercera guerra mundial al lado de Corea del Norte, China y Rusia?

§

Así que sí, sí importa cómo nace una democracia. Y en el caso de las democracias impuestas, como la japonesa, la forma de nacer no solo deja su impronta en la nueva democracia creada por imposición, sino que también afecta a la más antigua que la impone. Si a quienes se la imponen dudan de sí mismos y temen depender demasiado del poder de otro, los que la imponen pueden acabar teniendo un sentido exagerado de ese poder y de la virtud natural o divina que les dotó de él. Los griegos antiguos lo llamaban *hubris*: un sentido de la propia fuerza y una sensación de privilegio que son peligrosamente irreales. Lleva a los contagiados de *hubris* a estrellarse contra la dura realidad de que el poder tiene sus límites, especialmente los que provienen de otras personas que pueden ser mucho más débiles que uno ahora, pero a las que sigue sin gustarles que las traten como inferiores.

Hay una larga historia antes de la segunda guerra mundial que hace que la historia de la democracia en Japón parezca mucho más complicada. En 1853, el comodoro estadounidense Matthew Perry entró en la bahía de Tokio ondeando las barras y estrellas. Un exitoso escritor japonés recordaba dos décadas más tarde el mensaje de Perry: «¡Abridnos vuestros puertos, gobernantes y pueblo de Japón! ¡Uníos a nosotros en el libre comercio y la comunidad de la humanidad! Si nos rechazáis y os negáis a hacer negocios con nosotros, los japoneses seréis pecadores contra el Cielo».³ Los japoneses sabían lo que esto significaba realmente: «Si no hacéis lo que os decimos, tenemos cañones y los usaremos». Diez años antes, los británicos habían librado una cruenta guerra contra China cuando los gobernantes de este país intentaron prohibir el floreciente comercio de opio. En todo el mundo, los imperios occidentales se volvían cada vez más agresivos y utilizaban los buques de guerra y la potencia de fuego para obligar a otros pueblos a unirse al libre comercio según sus condiciones. Los gobernantes japoneses accedieron a la exigencia de Perry.

El escritor Yukichi Fukuzawa era un intelectual muy viajado. Quería que Japón adoptara la democracia occidental y se sumara a la corriente del progreso definido por Occidente. Sin embargo, insistía en que los japoneses debían tomar las riendas de su propio destino y asegurarse de ser ellos quienes guiaran a Japón hacia el gran río de la civilización democrática liberal. Era crucial para algo que todo pueblo con autogobierno necesita, la autoestima. La baja autoestima genera miedo y resentimiento, y el miedo y el resentimiento abren las puertas a la tiranía, por lo que Fukuzawa advertía de que tanto los japoneses como sus nuevos socios occidentales (claramente dominantes) harían bien en darse cuenta de «lo malvado, odioso, exasperante y doloroso que es el desequilibrio de poder»,⁴ aun cuando los más poderosos utilicen a veces su superioridad en tu beneficio.

El historiador griego Heródoto describe la disparatada hbris de un déspota, Jerjes de Persia, quien sobrestimó su propio poder intentando conquistar a todos los griegos y chocó con la feroz resistencia a muerte de estos. Sin embargo, incluso los amigos de la democracia (Heródoto era uno de ellos) sabían bien que los dirigentes y los gobier-

nos tiránicos no tienen el monopolio de la hibris. Los ciudadanos de democracias prósperas también pueden contagiarse del virus de la hibris y dejar que se desboquen sus ansias de poder, riqueza, fama y libertad. Y una de las señales más claras de hibris es creer que uno mismo o su democracia son inmunes a ella. Una y otra vez a lo largo de toda su historia, desde las antiguas Atenas y Roma hasta la actualidad, la falsa idea de que las democracias son demasiado buenas para caer en la hibris ha causado dolor tanto dentro como fuera de sus fronteras.